

José Eustasio Rivera, poeta de promisión

Escribe: LUIS CARLOS HERRERA, S. J.

EL AUTOR:

Luis Carlos Herrera Molina nació en Gigante, Huila, el 6 de septiembre de 1926.

Un día de esos providenciales, al terminar primaria en Agrado, partió para la Apostólica de los Padres Jesuítas donde inició el bachillerato que obtuvo en el Colegio de San Bartolomé.

En Santa Rosa de Viterbo empezó el largo proceso de formación que hace un jesuíta: letras humanas, ciencias... Estudió filosofía en la Universidad Javeriana y obtuvo la licenciatura de filosofía, letras y pedagogía. Cumplió tres años de magisterio en los colegios de Medellín y Bucaramanga, San Ignacio y San Pedro Claver. Hizo su teología en la Universidad Javeriana de Bogotá y fue ordenado sacerdote en 1959.

Desempeñó el cargo de ministro de júniores y de profesor de letras de los escolares jesuítas. Luego pasó a la Universidad Central de Madrid donde se doctoró en filología románica. Su tesis, hecha bajo la dirección del catedrático doctor Angel Valbuena Prat, versó sobre la obra poética de José Eustasio Rivera, su coterráneo. Es un estudio profundo cuyo contenido publicará próximamente el Instituto Caro y Cuervo. En él aplicó el método científico de análisis *La palabra-tema* que profundizó bajo la dirección de su autor, Jean Guillaume, en las facultades de letras de Namur, Bélgica.

Es un análisis penetrante sobre la lírica de José Eustasio Rivera, el poeta y novelista huilense, que según afirmación del maestro Rafael Maya, es "una línea de oro que ha puesto de relieve el perfil de Rivera sobre el panorama de las letras castellanas".

EL METODO:

"Hay una rara y casi misteriosa reiteración con que el escritor acude siempre al mismo vocablo, dice el maestro Maya en carta al

autor, cada vez que su emoción lo pone frente a determinado cúmulo de sugerencias. ¿Esta reiteración, casi automática, es simplemente casualidad? Indudablemente, no. Es que según uno de los principios básicos de la estilística, toda modalidad expresiva corresponde a una modalidad síquica. Este es el principio que usted ha aplicado a Rivera, con resultados infalibles. Desde la *palabra-tema* se remonta usted al espíritu del poeta, a su conexión con la tierra, a las peculiaridades de su temperamento, de modo que la *palabra-tema* le sirve a usted como a ciertos médicos ese aparato, que, aplicado al iris de la pupila, revela, según dicen, toda la complejidad del organismo...

Su estudio es una línea de oro que ha puesto de relieve el perfil de Rivera sobre el panorama de las letras castellanas".

Publicamos uno de los capítulos centrales de la tesis de Luis Carlos Herrera Molina, *José Eustasio Rivera, poeta de promisión:*

CAPITULO XIV

ARQUITECTURA DEL DRAMA RIVERIANO

Contenido: La primera palabra-tema, *sol*, se identifica con el ideal. Luminoso y cercano, al parecer; en realidad, al intentar cogerlo entre las manos, lejano e inalcanzable... La noche, en contraposición, es la negación de la luz y del color... El monte, es punto de partida para el vuelo hacia el sol...

Como tema sugerido, se estudia a Rivera *poeta de la luz*. El poeta siente el atractivo de su brillo y su temblor al comenzar el canto, luego se interioriza y aparecen las líneas de tensión de su espíritu. La tarde es el momento cumbre cuyo misterio dejamos esclarecido ya.

El *verbo* nos da la segunda palabra-tema: *ver* que nos lleva a un Rivera abierto a la naturaleza, contemplativo y curioso, equipado con *sentidos* de calidad excepcional para captar el mundo en torno.

Como tema sugerido y complementario estudiamos el contexto de *ojo* y los *sentidos*, como *primer paso de interiorización*: el contacto directo con el objeto de inspiración.

El *verbo* nos conduce, por vías de interiorización, hacia el corazón del *drama íntimo*, hacia la profundización de su tragedia humana.

El *verbo sentir* nos hace dar el *segundo paso de interiorización*. El poeta se apodera intencionalmente del objeto, capta su vibración, crea un mundo interior donde encuentra y manifiesta una mutua simpatía con el paisaje, raíz de su hondo lirismo y fuente de su creación poética.

El verbo *ser* nos muestra la *personalidad del poeta*: “Soy un grávido río...”. Es la conciencia de la realidad fluyente de su ser y de su destino como poeta: *reflejar el paisaje*.

“Soy un hijo del monte...”. Muestra la relación poeta-naturaleza, la paternidad de su inspiración...

“Mi ser que es *una luz...* se apesadumbra...”. Es la simpatía, la conaturalidad o identificación con el paisaje, de donde obtenemos el conocimiento del poeta y su drama interior reflejado en el mundo que canta. Las expresiones equivalentes al *yo* nos abren los tesoros interiores y su inquietud espiritual:

La fugacidad de todo.

Sus ideales fallidos: *la gloria y el amor ideal*.

Los símbolos en que están encarnados: la tarde.

EL IDEAL

El primer hallazgo logrado en la obra poética de Rivera a través de la *palabra-tema*, es algo exterior al poeta: el *sol*. Pero encarna algo muy íntimo: sus ideales. Así nos lo revela el contexto.

Es la meta unificante de los valores humanos y artísticos del poeta que orienta los anhelos y las apetencias del *yo* y nos da la proyección de su personalidad hacia un destino soñado.

Ansias de *ser* y de *valer*. *Amor y gloria* que mantuvieron en tensión su espíritu inquieto.

Este primer paso nos descubre a un Rivera soñador, idealista, inconforme que encuentra en la naturaleza el camino de sus sueños y el símbolo de su ideal. Las cosas le revelan un rumbo hacia un más allá. En un principio va hacia las cosas atraído temperamentalmente por su brillo y su belleza exterior, pero este primer encuentro no satisface su ambición. Y su dinamismo contemplativo busca su realización. Siempre se prometió el poeta hacer algo más, y ser mejor y su vida manifiesta esa superación. José Eustasio fue una esperanza de algo... una tendencia hacia algo: “algo espera mi alma sin saber lo que espera...”. Es una flecha que se dispara hacia la luz y hacia el sol.

Pero el sol es inalcanzable y él un “enamorado iluso” de ese sol.

La inquietud constante por los valles de su niñez y por los campos de su juventud; el recorrer llanuras y selvas, ríos y montañas, no es otra cosa que la réplica de sus caminos interiores que apuntan siempre más allá de sus adquisiciones en busca de una plenitud.

Si Rivera apunta al sol, es porque “sueña violar los soles de otro mundo”, pues “no se sacia el alma con la visión del cielo”. Entonces surge la duda: ¿Cuál es la razón de su inquietud?

“No ser lo que pudo haber sido”, “no haber amado”, “no ser ni del pasado, ni del futuro”, y sobre todo, encontrar el triunfo efímero y en

lugar de la *gloria soñada*, "solo una bruma desteñida". "Que el verde gajo de laurel... ya de mis sienes abatidas rueda", y por último, solo tener "tiempo para bajar hacia la sombra".

La desproporción entre *el anhelo enorme* y la realidad limitada lo hace padecer.

El sol inalcanzable es símbolo de todos sus anhelos. Y su caída, la imagen de todas sus frustraciones.

EL DRAMA RIVERIANO

A través del contexto de las palabras-tema se reconstruye el drama:

- 1º Gozo en su primer encuentro con el objeto de su canto (I,14 - III,15)
- 2º Inspiración por simpatía y vibración con el objeto. Contemplación.
- 3º Ilusión, ansia de vuelo, sugerencia, proyección de su espíritu. (I,18- II,1 - III,4 - III,12 - III,19 - III,21).
- 4º Entrevisión de un más allá revelación en la *noche*. (II,10 - III,1).
- 5º Desilusión, desengaño, identificación con las aves. ((II,10 - II,20).
- 6º Fracaso reflejado en la tarde: imagen y dimensión de su tragedia.
- 7º Desesperanza: abandono de lo perdurable... Destino: sufrir con la natura.
- 8º ¿Quizás superación en la *noche*? ¿Revelación de otros mundos?

Tiene un clímax y un desatarse de las tensiones psicológicas y la doble interpretación de la *noche*:

a) La noche como intento fallido de encontrar trascendencia a su vida que desemboca en una inmensidad, una infinitud y una eternidad vaga y desleída para caer finalmente en una suprema desesperanza y abandono de todo lo que trasciende los sentidos.

b) La noche como superación de la tragedia y como un rayo de luz que no apaga del todo la esperanza.

El poeta que al iniciar el canto está orientado hacia el porvenir, alentado por una promisorra esperanza persigue una ilusión. Supera la actitud contemplativa esteticista, pues "no se sacia el alma con la visión del cielo", por la actitud vital de su impulso avasallador y unificante de sus ansias que se renueva y se interioriza. La naturaleza le indica el más allá y le señala elevación y vuelo. La visión del más allá, del infinito, resulta ilusoria, es más la proyección de su espíritu y de sus anhelos que la meta de su felicidad y de su plenitud.

"Ante su absorto espíritu la eternidad desfila". "Mi espíritu, —dice—, con toda la inmensidad confina y abriendo al infinito su clámide argentina la inspiración se tiende sobre la luz del llano...". Con rebelde anhe-

lo soñó violar los soles salientes de otro mundo... Más, luego "una recóndita nostalgia la consterna, al ver que ese infinito que en sus pupilas cabe, es insondable al vuelo de su ambición eterna". ¡El ideal es inalcanzable!

Entonces el poeta se aferra al presente desilusionado de la promesa de un más allá impalpable, de un mundo superior a su mundo. Herido por la desilusión vuelve a la naturaleza, pero la encuentra herida y vibrante con su propio dolor. ¡Siente la impresión de haber sido engañado!

EL CLIMAX

"Viendo que se engañaba mi locura..."

Hemos llegado al punto culminante del *drama*, siguiendo las líneas de tensión a lo largo de la obra desde el gozo del primer encuentro con la naturaleza, hasta las lágrimas en la contemplación del crepúsculo. Se opera un cambio profundo en el alma del poeta.

Empieza a rodar y a reflejar un mundo fascinante purificándose con la esperanza de una estrella que vendrá...

¿Por qué, cuando la tierra suspira bajo el primer lucero, todo se apesadumbra? El poeta nos lo explica: "Algo desconocido del horizonte espero... Vana ilusión!".

Tierra de promisión, es una novedad en este sentido: nos descubre el *drama* humano de Rivera: ¡Sus esperanzas, su expectativa, sus inquietudes han sido defraudadas!

Conocíamos al poeta optimista, bajo el encanto del paisaje regional. Pero no sospechábamos al poeta identificado con el dolor de la tarde, haciendo de la tragedia del crepúsculo su propia tragedia, y del dolor, la esencia en su destino como hombre y como artista.

Allí aparece su máxima tensión psicológica: el perfil de su angustia, su ambición desmesurada de gloria, su sed de amor que queda en esperanza y en promesa, al menos desde el punto de vista del poeta.

La caída del sol es la imagen perfecta del ideal fracasado. El crepúsculo trunca la parábola de sus sueños, el día trágico muere dejando frustrado su noble empeño y sus ideales sublimes.

La vida es demasiado corta para tan grande ensueño.

El hallazgo del propio goce en el contacto físico con su tierra nativa solo era para su ser sensitivo íntima fruición y temblor plácido que le indicaba el camino hacia una plenitud, incentivo para avanzar. Sus sentidos quedan prisioneros de la luz, del color, del brillo y de su vibración iridescente bajo la magia de la armonía y de la forma. Pero el paisaje no llena del todo sus ansias interiores. Las cosas le señalan nuevas metas, le sugieren otros mundos, un más allá desconocido y vago que promete satisfacer sus apetencias y sus ambiciones. Despiertan en su alma deseos de vuelo hacia un ideal tan alto como el sol. Siente un íntimo impulso que

lo invita a violar los soles salientes de otro mundo, y el misterio del cosmos. Pero ve que su vuelo pasa bajo la meta de sus altos destinos, que su ilusión de amor se desvanece y que la flecha de su anhelo marra el blanco.

TRAGICO DESENLACE

“Mi alma deja lo que perdura”: ¡He ahí la razón de su tragedia! No vuelve a su posición estética inicial, pues la naturaleza está transformada por el contacto y la visión interiorizada se ha cambiado en pedazo de su entraña, de su propio dolor y de su tragedia. El milagro lo encuentra dentro, en el mundo creado por su fantasía, hecho a su medida, y medida de su propio valor. Allí está su obra. Allí está la entrevisión de sus anhelos, la hondura de su drama interior que se proyecta sobre el cielo atardecido. El mundo es solo un símbolo de su vida y de su pena y lo demás es evasión en corrientes ascensionales que no lo llevan a ninguna parte. Quizás a un sol inalcanzable que proyectará su propia sombra sobre toda la tierra. Opta por identificarse con lo pasajero y lo mudable que son su reflejo y su imagen: “Mi espíritu solo se aviene con lo inestable... Aprendió a amar la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión”. (L. V., 98).